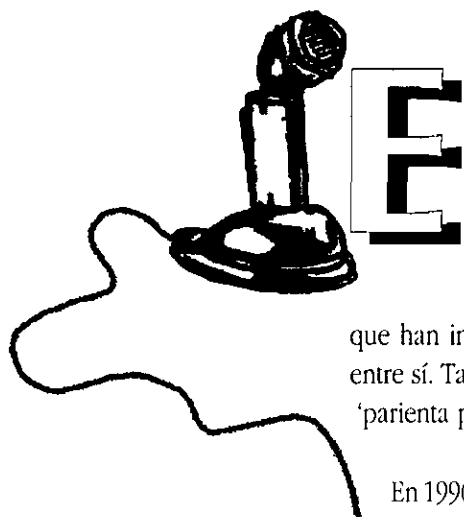


# SABER SOBRE LA RADIO

MARÍA CRISTINA MATA\*



En septiembre, los profesores de numerosas cátedras de producción radiofónica de las Escuelas y Facultades de Comunicación de Argentina se reunieron en las Sextas Jornadas *La Radio de Fin de Siglo*. Año tras año, esos encuentros han sido la ocasión para compartir sus experiencias docentes, para interrogarse sobre ellas, para perfeccionar su labor. Que yo sepa, son los únicos profesores que han institucionalizado esa buena costumbre de encontrarse para aprender entre sí. Tal vez, porque como algunos de ellos suelen decir, la radio suele ser la 'parienta pobre' en la familia de los medios y en los medios académicos.

En 1996 el tema propuesto para las Cuartas Jornadas fue 'los saberes necesarios para construir metodologías de enseñanza en la comunicación radiofónica'.

Para mí, invitada a participar como ponente, el tema resultó francamente provocador. En medio de un fin de siglo donde el necesario reconocimiento de la pluralidad y el respeto por las diferencias corren siempre el riesgo de convertirse en igualación de los contrarios, pérdida de las jerarquías y suspensión de la crítica en favor de la descripción de lo realmente existente, sentí que pensar en 'lo

---

\* Argentina. Profesora e Investigadora del Area de Estudios Sociales de la Comunicación del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Coordinadora Académica de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea de dicho Centro y responsable del Area de Investigación de ALER (Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica).

necesario' obligaba a una reflexión sustancial. Una reflexión que pasaba, a mi entender, no tanto, o no en primer lugar, por el cuestionamiento de las estrategias metodológicas empleadas en la enseñanza de la radio, sino básicamente y en primer lugar, por la revisión de nuestra concepción del medio que, necesariamente, se vinculaba con una cierta concepción de la comunicación y la cultura.

Desde esa convicción compartí con los profesores asistentes un conjunto de ideas que, enriquecidas con el debate que suscitaron, son la base de este artículo<sup>1</sup>.

### ¿De qué radio hablamos?

En 1943, en esa especie de alegato contra los males de la civilización urbana que es *La Cabeza de Goliat*, Ezequiel Martínez Estrada escribía:

«Si hay algo que responda simétricamente a la ciudad, como voz que le sale del alma, es la radio, imagen sonora de la ciudad. Un caos. Lo cosmopolita y lo cursi, lo grosero y lo poderoso, lo noble y lo guarango. Una audición completa de cualquier *broadcasting* (incluimos la del Estado que tamiza la ordinariez) es una placa fonográfica de la urbe, una radiofonoscopia de la entraña... Como el canto o el silbo automático del operario y del transeúnte distraído exterioriza más que su estado de ánimo del momento un jirón profundo de su personalidad definido por la canción, así la voz infinitamente disgregada de la radio resume lo que Buenos Aires piensa, siente, codicia...»<sup>2</sup>.

En esas mismas páginas Martínez Estrada identifica la radio con 'la voz del diablo', con un 'amigo desleal' a quien «no puede cerrarse la puerta porque siempre trae algún regalo interesante». La voz que sale del alma de Buenos Aires no puede, para él, sino nombrar su intrínseco mal: su perversa desmesura, la pérdida de humanidad, la mercantilización de todo trazo. No es mi intención rescatar o discutir ese lapidario juicio. Pero sí quiero poner a la radio—de la mano de Martínez Estrada— en un escenario. En el lugar material desde el cual se construye como palabra colectiva.

Dejo Argentina y los albores de la radiodifusión para ubicarme hoy en los sonidos de la música *punk*. *Radio* es el título de la composición del grupo norteamericano *Rancid* en la que dicen:

*«Una cálida noche de verano estaba bebiendo con mi padre.*

*El intentó darme el amor que nunca tuve pero le dio más amor a su botella de vino.*

*Así que tuve que irme a encontrar otro tipo de amor.*

*Acá está. Acá estoy.*

*Préndela bien fuerte.*

*Radio. Radio*

*Cuando tengo la música tengo un lugar adónde ir.»*

Tampoco intento, con esa estrofa, hacer el elogio del medio como sustituto afectivo de algún bien faltante. Pero la estrofa de *Rancid* me permite colocar la radio en otro escenario: en el imaginario desde el cual también deviene voz—en el sentido de expresión— que no nombra tan sólo a quien habla sino a quien escucha.

Para poner la radio en ese lugar podría haber apelado a textos menos literarios. Podría, por ejemplo, haberme basado en estudios realizados en Córdoba acerca de los llamados de oyentes que, con sus intervenciones telefónicas, construyen, día a día, uno de los programas locales de mayor audiencia y que, entre otras cosas, viven esa intervención como el auxilio o desahogo para sus situaciones de indefensión y angustia sabiendo que, de todos modos,

<sup>1</sup> La ponencia original, con el título de *Radio: los saberes negados* fue publicada en la Revista *Oficios Terrestres* editada por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

<sup>2</sup> MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. *La cabeza de Goliat*. Buenos Aires: Editorial Nova, 3a.ed., 1957, p. 200



corren el incesante riesgo de ser aplanados, 'desindividua-  
lizados' por el ritmo incesante de la producción informativa.

Habría logrado resultados semejantes —es decir, hubiese  
podido ubicar la radio en medio de unas ciertas condiciones  
de vida físicas y espirituales— si hubiese apelado a nume-  
rosos textos de la narrativa argentina y latinoamericana, a  
películas bien conocidas por todos, a testimonios y ensayos  
políticos tan alejados entre sí como los que dan cuenta de  
las experiencias de los mineros bolivianos, de la guerra de  
liberación de Argelia, de la lucha revolucionaria en El  
Salvador, o de las estrategias propagandísticas del Tercer  
Reich. Pero el resultado habría sido muy diferente si hubiese  
apelado a la convencional bibliografía destinada a la  
enseñanza de la radio: mezcla más o menos rigurosa de  
datos históricos, jurídicos y técnicos, de consideraciones  
sobre la naturaleza y condiciones intrínsecas de  
funcionamiento del medio y de instrucciones orientadas a  
la capacitación práctica en su manejo y en la producción de  
programas sin dejar de lado —por supuesto— algunas más  
elevadas proposiciones de carácter estético.

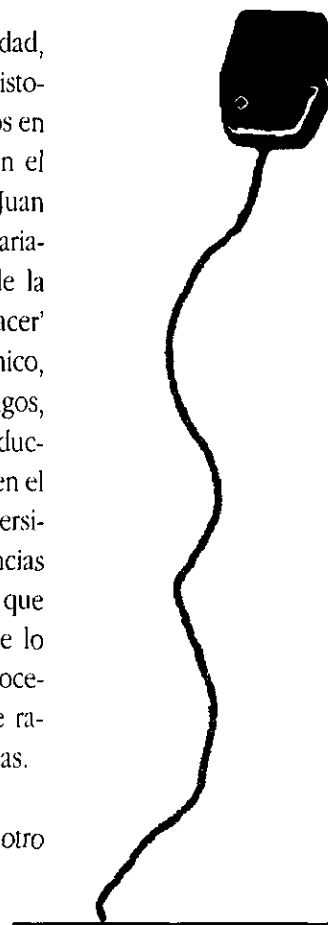
Creo que en esa distancia, en esa brecha que hace de la radio  
dos objetos sustancialmente distintos, está la pista que  
puede ayudarnos a reflexionar acerca de lo que en aquellas  
jornadas llamé —y algunos pueden haber sentido que se  
trataba de una denominación soberbia o admonitoria— 'los  
saberes negados' acerca de la radio.

La brecha escinde, a la manera de las grietas abismales que  
provocan los terremotos, dos objetos que son producto  
de diferentes miradas. De un lado la radio, instrumento  
de comunicación. De otro, la radio como hecho cultural,  
cristalización y espacio de producción de la sociedad  
mediática.

Pero la brecha de la que hablo —esa que distingue  
objetos— no siempre o no necesariamente, separa terrenos:  
de un lado unas cátedras, unos talleres, unos profesores,  
unas investigaciones, unos textos; del otro, otros. Es una  
brecha que también suele producirse bajo la apariencia de  
superficies sin fisuras; la grieta escondida bajo la capa de  
hielo que no resiste la presión del tránsito: a la hora del

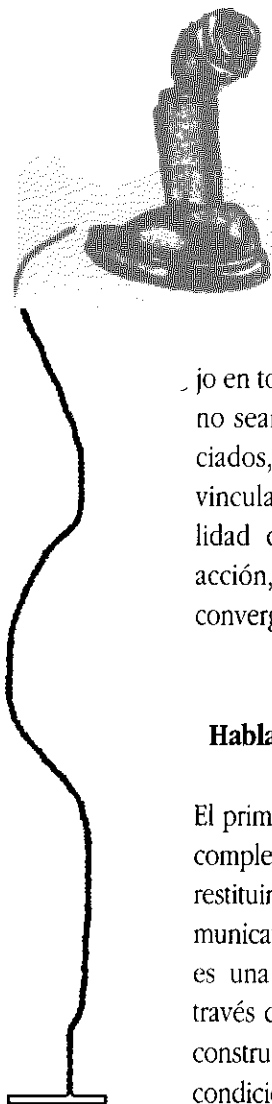
'pensar', la radio es oralidad,  
espacio de identidad, una histo-  
ria de saberes y usos, sujetos en  
vinculación, palimpsesto en el  
que se anudan, al decir de Juan  
Guillermo Buenaventura, varia-  
das escrituras y lecturas de la  
vida social<sup>3</sup>. A la hora del 'hacer'  
la radio es artefacto técnico,  
formatos, mezcla de códigos,  
normas y criterios de produc-  
ción. Y eso no ocurre sólo en el  
campo de la formación universi-  
taria sino en múltiples instancias  
educativas; también en las que  
se desarrollan alrededor de lo  
que en América Latina cono-  
cemos como experiencias de ra-  
dio populares y comunitarias.

Hay que reconocer, por otro  
lado, que la brecha no se  
cierra en torno de otros  
medios —prensa, televi-  
sión, videos—; parece  
sesgarlos a todos. O mejor, amenazarlos a todos. Más allá de  
sus determinaciones particulares, lo que persiste es la  
mirada dual. Una dualidad usualmente justificada —quiero  
decir incuestionada pero sistemáticamente lamentada en las  
Escuelas y Facultades de Comunicación— bajo el simplifi-  
cador recurso explicativo de la tensión teoría-práctica<sup>4</sup>. No  
sería posible ahondar aquí en esa cuestión. Sin embargo,  
cada vez creo más en su pertinencia y en la necesidad de  
hacerlo. Es decir, en la necesidad de reconsiderar las bases  
conceptuales sobre las cuales fundamos el pensar y el hacer  
comunicativos. Por eso, sin entrar en esa reconsideración de



<sup>3</sup> Ver BUENAVENTURA, Juan Guillermo. *La programación radial: palimpsesto y mapa de la cultura urbana*. En *Diálogos de la Comunicación*. N° 26, Lima: Felafacs, marzo de 1990.

<sup>4</sup> Al respecto, ver el sugerente trabajo de Carlos Luna Cortés, *La tensión teoría-práctica en la enseñanza*. En *Diálogos de la Comunicación*. No. 35, Lima: Felafacs, marzo de 1993.



carácter más global, intentaré que ella aflore, que se haga visible en mis reflexiones sobre la posibilidad de cerrar la brecha en el caso específico de la radio. Sobre la posibilidad de restituirle su unidad como objeto completo y complejo en torno al cual el pensar y el hacer no sean categorías y momentos dissociados, antagónicos, o simplemente vinculados por el nexo de la aplicabilidad de unas ciertas teorías en la acción, sino momentos diferentes pero convergentes<sup>5</sup>.

### Hablamos de un medio complejo

El primer requisito para no violentar la complejidad de la radio consiste en restituirle su condición de práctica comunicativa que, en tanto práctica social, es una de las variadas actividades a través de las cuales los seres humanos construimos la realidad, siempre bajo condiciones determinadas.

Como sabemos, no existe práctica social sin significación para el sujeto que la realiza y para aquellos con quienes se relaciona en dicha acción. Vinculada a su dimensión teleológica —a los fines que persigue—, a su dimensión axiológica —a los valores en que se funda—, a su dimensión pragmática y a la racionalidad que la sustenta —esto es, a los modos y condiciones en que se consiguen los fines perseguidos—, la significación de una práctica, la

representación que de ella tienen los sujetos involucrados, nunca es opcional, pero tampoco es natural, immanente o inmediata. La significación de la práctica es producto de una actividad teórica, de una intelección que los sujetos elaboran conscientemente o que, realizada en otros ámbitos, opera en ellos a pesar de su ingenuidad.

En consecuencia, no existe ninguna práctica comunicativa, tampoco la radiofónica, en la que no estén inscritas y actuantes de manera consciente o no, un conjunto de supuestos, nociones y tradiciones que la modelan y diseñan su uso social.

Es desde ahí, desde ese modo de entender la práctica, que me pregunto si se enseña a 'pensar' la radio. Es decir, si se asume que como práctica comunicativa no está desprovista de una comprensión acerca de sí misma; que la teoría no es un conjunto de conocimientos generales sino el recurso para estructurar su significado y al mismo tiempo el producto de esa labor de estructuración. Me pregunto si esa convicción se transforma en el núcleo duro de la enseñanza, en la interrogación articuladora de las diferentes actividades —intelectuales y técnicas— que componen los cursos que integran un currículo: desde la lectura de textos y la realización de investigaciones, que permiten el estudio de aspectos históricos, culturales, económicos, semióticos, acerca del medio, hasta la ejercitación y la experimentación, que son las modalidades que suele asumir el estudio de sus posibilidades técnicas y expresivas.

Tengo, frente a esa pregunta, una respuesta negativa y eso no quiere decir que no existan y no reconozca excepciones. Pero lo excepcional es justamente lo que se distingue por apartarse de la norma o, al menos, de los hábitos académicos más consolidados.

En términos generales —y como muchos docentes de esa especialidad reconocen— la enseñanza de la radio no parte de una interrogación sobre el quehacer radiofónico que permita su intelección como práctica social posibilitando, así, la necesaria articulación del pensar y el hacer en torno a los distintos aspectos que la constituyen: desde su materialidad técnica hasta su dimensión simbólica.

<sup>5</sup> Para una profundización del tema puede verse *Notas marginales sobre teoría y praxis*, el capítulo que Theodor Adorno dedica a la cuestión en *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993, pp. 159 a 180.

Dicho lo anterior, que pareciera inculpar a los cursos y profesores de radio, creo conveniente preguntarse si es desde esos cursos desde dónde puede desarrollarse un saber semejante. La respuesta es inmediata y de mero sentido práctico: uno o dos cursos, no importa su mayor o menor duración, no constituyen un espacio académico suficiente para conseguirlo. Es decir, no pueden conseguirlo si están insertos en estructuras curriculares en las cuales los medios son siempre y sistemáticamente objetos escindidos, el fruto de la brecha que impide su comprensión en términos de prácticas sociales complejas.

Esa afirmación, que podría resultar tranquilizante o descomprometedora, tiene para mí, por el contrario, una carga inquietante. Porque implica asumir el desafío de cuestionar, desde una porción de los estudios que se realizan en las Escuelas y Facultades de Comunicación, no sólo la consideración que en ellos reciben los medios masivos, su estatuto como objeto de conocimiento sino, además, la propia definición de lo que se entiende por formación profesional. En otras palabras, se convierte en una afirmación perturbadora porque destruye la ilusión de que los problemas pueden resolverse dentro de la especialidad y propone el riesgo de una acción integral.

Pero esa integralidad no debe servir de excusa para dejar de revisar y problematizar el propio campo. Por el contrario, es sólo desde él que podemos dialogar en nuestros espacios académicos y desarrollar los debates y aportes necesarios para cerrar la brecha. De ahí que, en lo que sigue, intentaré delinear —por lo menos a grandes trazos— los saberes que deberían articularse en la enseñanza de la radio —no digo sólo en los cursos de radio—. Un tipo de saberes que también sería necesario articular en el conjunto de las carreras de comunicación, como bien lo plantea Jesús Martín Barbero en un significativo ensayo *sobre Teoría, Investigación y Producción en la Enseñanza de la Comunicación* que, de algún modo ha inspirado parte de mis reflexiones<sup>6</sup>.

### Los saberes necesarios

En ese ensayo, Martín Barbero plantea la necesidad de «poner en cuestión tanto la secuencia temática de los cursos como la lógica de las disciplinas». Lo sustancial es interrogarse acerca de las dimensiones básicas de la comunicación que deben trabajarse teóricamente, y plantearse cómo establecer las relaciones entre teoría y producción. En ese sentido propone considerar qué dimensiones de la vida social se juegan en las prácticas de comunicación y, siguiendo esa propuesta, he ensayado para la radio algunas vías de aproximación.

En ella, entendida como práctica comunicativa, se juega en primer lugar una 'red de vinculaciones e intercambios'. Una red que no se agota en la relación emisor-oyente sino que hace de esa relación un espacio de socialización en el cual, desde la intimidad de la escucha, se procesan identidades; es decir, se accede al reconocimiento de uno mismo en virtud del reconocimiento de las similitudes, distancias y diferencias con otros.

Siempre recuerdo aquella escénica descripción de los orígenes de la radio en Alemania hecha por Bertolt Brecht en 1932. Decía:

«...para caracterizar con más exactitud aún la situación de la radiodifusión, digamos que no era la materia prima la que, en virtud de una necesidad pública esperaba métodos de fabricación, sino que son los métodos de fabricación los que andan buscando angustiados una materia prima. De repente se tuvo la posibilidad de decirlo todo a todos, pero bien mirado no se tenía nada que decir. ¿Y quiénes eran todos? Al principio se las arreglaban sin pensar en ello. Miraban a su alrededor buscando dónde se dijera algo a alguien, e intentaban colarse dentro sólo por competencia, y decir cualquier cosa a cualquiera<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> MARTÍN BARBERO, Jesús. *Teoría, Investigación y Producción en la enseñanza de la comunicación*. En *Diálogos de la Comunicación* No. 28, Lima: Felafacs, noviembre de 1990.

<sup>7</sup> BRECHT, Bertold. *Teoría de la Radio (1927-1932)*. En BASSETS, Lluís (ed). *De las ondas rojas a los radios libres. Textos para la historia de la radio*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981.

La imagen propuesta por Brecht me parece fecunda: la radio —originalmente mero canal tecnológico— se convirtió en práctica comunicativa al instalarse en el escenario público en medio de los intercambios colectivos preexistentes: los de tipo informativo, monopolizados entonces a nivel masivo por los diarios; los artísticos —contenidos en parte en espectáculos teatrales y musicales—; los que alimentaban la ensoñación romántica y se producían en torno a las páginas de folletines y novelas semanales.

Desde entonces hasta ahora, la radio es espacio de encuentros y distinciones: ¿Entre quiénes y cómo se producen? ¿Qué convierte a unos sujetos en oyentes? ¿Qué significa serlo? ¿A su vez, de qué índole es la legitimidad que se requiere para decir algo a alguien, para ser emisor? ¿Pero hay acaso un solo tipo de legitimidad? ¿O son múltiples los vínculos capaces de poblar el espacio radiofónico? ¿No es por allí que podría comprenderse la existencia de variadas propuestas radiofónicas, de diversos modos de hacer y escuchar radio?

En ese sentido la radio es sustancialmente una 'palabra destinada a otro', transitividad que asentada en la oralidad, crea condiciones privilegiadas para la dialogicidad. ¿O es acaso una casualidad que sea éste y no otro el medio masivo más pertinaz y efectivamente propuesto y empleado para la comunicación directa entre sujetos que desean darse a conocer, relacionarse con otros, establecer vínculos a través de los cuales y con distintos fines puedan trascender su individualidad?

En segundo lugar, pero inmediatamente vinculado con lo anterior y asociado al desarrollo de los procesos de modernización de nuestra sociedad, en la radio se juega, al igual que en otros medios masivos, la 'constitución del espacio público'; ese espacio hecho de normas y acuerdos que fundan la socialidad. En ese sentido, y como también lo señala Martín Barbero a propósito de la comunicación, la radio es 'institucionalidad', un particular tipo de organización cuyos fines inciden directamente en las funciones que se atribuye y cumple en la constitución de ese espacio público. Una dimensión que hoy adquiere particular relevancia en tanto plantea una crucial discusión en torno a

quiénes tienen y no tienen el derecho de emitir. Porque en sociedades en las que ya no sólo todo se ha masificado sino mediatizado, la confrontación por el acceso a la gestión de frecuencias no puede asociarse simplemente al básico derecho a la libre expresión pública de los ciudadanos, sino a la discusión en torno a los límites que la ciudadanía debe poner al mercado como único espacio a partir del cual es pensable la producción de las ideas acerca del orden social.

Por eso mismo en la radio también se juegan los nuevos 'modelos de desarrollo económico y social'. Integrada hoy en complejos multimediales, diseñado su rol desde la segmentación de tareas que más convienen a cada sector de las macro-empresas, la radio es impensable por fuera de las lógicas mercantiles más globales. Es también desde ahí que se diseñan programaciones, que se especializan ciertas emisoras y otras persisten en la heterogeneidad y mezcla de géneros. Es también desde ahí donde se fabrican públicos particulares, sistemas de interpelación que buscan alcanzar los nichos vacíos.

Finalmente —y digo finalmente no porque sea lo menos importante sino tal vez lo más importante ya que todo lo anterior encontrará aquí su modo de realización— en la radio se juega un 'modo de hablar y oír que es un modo de percibir lo real', un modo de organizar la percepción de lo real y que no es sólo un hecho de lenguaje sino básicamente un 'hecho técnico'. Ese hecho técnico es mucho más que las características materiales de los artefactos de transmisión y recepción; es sustancialmente lo que en ellos está inscrito prescriptivamente como uso debido y lo que se inscribe culturalmente en ellos como uso adquirido. Una temática que, por ejemplo, debería permitirnos pensar hasta qué punto la adhesión juvenil a la frecuencia modulada tiene que ver con una idea técnico-cultural acerca del sonido o, más bien, con una exitosa propuesta identificatoria elaborada para responder a las exigencias del mercado musical, que busca crecientes cuotas de consumo a través de la segmentación de las ofertas. Una temática que —para dar otro ejemplo— debería permitirnos pensar qué tipo de vinculaciones son pensables mediante los enlaces satelitales y la digitalización del sonido, qué posibilidades existen de

crear redes que no estén constreñidas técnicamente a una única modalidad de interacción.

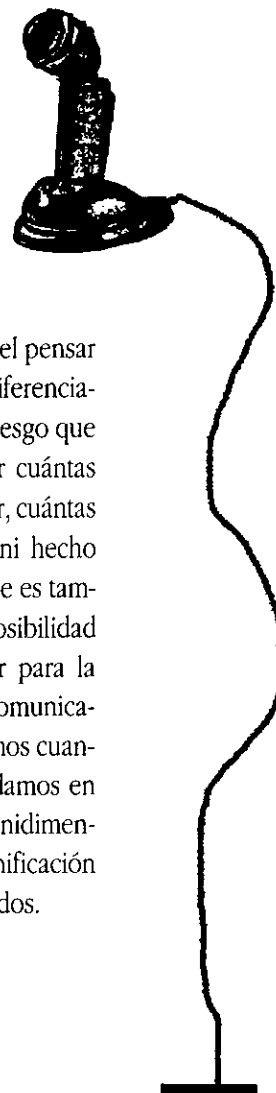
Como se advierte, una comprensión semejante de la radio, que se hace cargo de su significación social y que por lo tanto obliga a trabajar teóricamente los problemas que emergen desde la práctica y la producción, requiere cruzar miradas y disciplinas pero no a la manera de una sumatoria sino como resultado de un ejercicio mayor de comprensión de las técnicas y los medios como hechos de cultura. Por ello mi convicción de que esa tarea no puede resolverse sólo en los cursos de radio.

Sin embargo, a la hora de ese ineludible 'enseñar a hacer' que desafía a quienes desde las instituciones académicas o de otro tipo cumplimos roles docentes, creo que no podemos recaer en la excusa de nuestras limitaciones. Estoy convencida de la necesidad de abordar la radio en su irremediable estatuto de hecho tecnológico-cultural, material y simbólico y que, en ese sentido, hay vías por transitar. Así, por ejemplo,

- Podemos y debemos convertir la técnica en objeto de reflexión al tiempo que de manipulación, es decir de uso y experimentación. Historizar su empleo, asumir lo que en ella es constricción insoslayable, su sentido comunicativo.
- Podemos y debemos vincular la que será palabra del productor radiofónico con la que será oída por los oyentes, sujetos de una cultura mediática. Pero además, ubicar esa palabra en el lugar desde el que será proferida: porque la institucionalidad empresarial o el proyecto comunitario no se rigen por una misma racionalidad y ello diversifica los modelos de producción.
- Podemos y debemos situar las propuestas de ejercitación y experimentación en los escenarios materiales e imaginarios en los que ellas han de desplegarse; en el espacio público del que formarán parte: ¿De qué ciudades serán voz nuestras radios? ¿Para quiénes serán un lugar adónde ir? ¿Para quiénes y bajo qué

condiciones un espacio para la demanda o el desahogo?

Podrían diseñarse muchas otras proposiciones del tipo, nuevos saberes en que se conjuguen el pensar y el hacer como quehacer diferenciado pero integral. El único riesgo que se corre es el de descubrir cuántas cosas no sabemos —es decir, cuántas cosas no hemos pensado ni hecho con anterioridad—. Pero ése es también el único aliciente: la posibilidad de aprender. De recuperar para la radio, que es decir para la comunicación, los saberes que negamos cuando, parcelándola, nos quedamos en las manos con un pobre y unidimensional instrumento cuya significación se nos escurre entre los dedos.



### Bibliografía

- ADORNO, Theodor. *Notas marginales sobre teoría y praxis*. En **Consignas**. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- BRECHT, Bertold. *Teoría de la Radio (1927-1932)*. En BASSETS, Lluís (ed). **De las ondas rojas a las radios libres. Textos para la historia de la radio**. Barcelona: Gustavo Gili, 1981.
- BUENAVENTURA, Juan Guillermo. *La programación radial: palimpsesto y mapa de la cultura urbana*. En **Diálogos de la Comunicación**. Nº 26, Lima: Felafacs, marzo de 1990.
- LUNA CORTÉS, Carlos. *La tensión teoría-práctica en la enseñanza*. En **Diálogos de la Comunicación**. No. 35, Lima: Felafacs, marzo de 1993.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. **La cabeza de Goliath**. Buenos Aires: Editorial Nova, 3a.ed., 1957.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. *Teoría, Investigación y Producción en la enseñanza de la comunicación*. En **Diálogos de la Comunicación** No. 28, Lima: Felafacs, noviembre de 1990.